

Lección Diez

LAS RELACIONES INTERAMERICANAS: UNA MIRADA DESDE LA PROSPECTIVA CRÍTICA

ESTA ÚLTIMA LECCIÓN tiene como propósito fundamental estimular a los lectores y lectoras de esta obra a que –desde sus correspondientes disciplinas y adscripciones sociales y políticas– emprendan aquello que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha denominado “estudios de alta calidad orientados al futuro”. Tal como se indicó en la primera lección, ello implica la elaboración de aproximaciones político-académicas, científicas, teórico-prácticas, crítico-transformadoras y, por tanto, integrales y enfocadas al porvenir de las disyuntivas que en los próximos años deberán enfrentar las interacciones entre los gobiernos y los pueblos de Nuestra América y de “la otra América” –es decir, Canadá y EE.UU.

Según les expresó el entonces director general de la UNESCO, Francisco Mayor Zaragoza, a los participantes en el Tercer Encuentro de Estudios Prospectivos titulado “Los escenarios y alternativas de América Latina y el Caribe en el horizonte 2020”, celebrado en Río de Janeiro entre el 20 y 22 de septiembre de 1999, la necesidad de asumir ese tipo de estudios está determinada por “la ética del futuro”. Es decir, por “la responsabilidad [que tienen] las generaciones actuales con respecto a las venideras”. Esa responsabilidad se acrecienta por lo que él definió como “los grandes desafíos de nuestro tiempo”: la desigualdad, la exclusión, las guerras, la educación democrática, el desarrollo

sostenible, “la saturación a que estamos sometidos por una información banalizada”, el “imperativo de pasar de la era de la información a la era del conocimiento” y de elaborar proyectos y futuros alternativos “al orden actual” (Mayor Zaragoza, 2000: 29-34).

El futuro es nuestra única herencia aún intacta, nuestro verdadero patrimonio. El pasado y la memoria son esenciales, especialmente en el marco de una perspectiva ética. Sin embargo, el futuro es nuestra única responsabilidad.

“El porvenir es demasiado complejo y demasiado incierto, contentémonos con el presente” se oye decir. A ello respondo que es demasiado simple esperar que las dificultades surjan para intentar darles solución y actuar sólo ante las emergencias. Al contrario, debemos ser vigías constantes para exigir lo exigible, para hacer que muchos imposibles se hagan realidades del mañana.

La lógica a corto plazo no ofrece más opciones que someterse o adaptarse a los acontecimientos. Para no estar a merced de estos, para recuperar el control de nuestro propio porvenir, para escapar a la rutina y la inercia, hemos de rehabilitar la visión a largo plazo dirigiendo nuestra mirada hacia delante, hasta el 2020 [...] con el fin de prever los acontecimientos. Prever para prevenir.

La incertidumbre del porvenir sólo podrá ser contrarrestada con la capacidad de anticipación, que nos permitirá actuar en el presente conforme a nuestro proyecto de futuro. De lo que se trata es de actuar: prever es combatir la apatía y la indiferencia, alertar las conciencias, abrir los ojos a los riesgos del mañana y reorientar, en caso necesario, las decisiones de hoy. Prever es la condición necesaria de una práctica eficaz.

Esta previsión se resume [...] en dos palabras: comprender e imaginar. Comprender porque el futuro no surge de la nada: remite a estados de conocimientos anteriores, a reglas o ausencia de reglas cuyos resortes es preciso captar. Al ligar el presente con el futuro, el esfuerzo prospectivo unifica el mundo y lo transforma en una totalidad, realizando la posibilidad de “englobar”, esa aprehensión general que corresponde muy exactamente a la definición del verbo “comprender”. Por último, este esfuerzo resultaría abstracto si no se profundizara y esclareciera gracias al trabajo de la imaginación. Reflexionar sobre el siglo XXI es también soñar, inventar, montar esce-

narios quizás contradictorios, recomendar alternativas, crear mundos y utopías. Permitirse entender lo real en toda su complejidad e imaginar lo imposible, realizar lo posible e intentar lo imposible (Mayor Zaragoza, 2000: 33).

Para emprender esa aproximación prospectiva y utópica al conocimiento y la transformación de la realidad –entendida “la utopía”, junto con Franz Hinkelammert, como la sistemática crítica del presente a partir de la perenne esperanza en un futuro mejor–, puede resultar de mucha utilidad conocer algunos de los presupuestos teórico-metodológicos de lo que la copiosa literatura existente sobre la planeación estratégica alternativamente ha venido denominando Dirección por Objetivos (DPO), Dirección Participativa por Objetivos (DPPO), Dirección por Valores (DPV) o Dirección por Escenarios (DPE).

Cualquiera que sea el nombre que se les dé, todos esos métodos y técnicas parten de la necesidad teórico-práctica de definir con toda claridad cuál es *la misión* (la “razón de ser” de nuestro trabajo, individual o colectivo), *la visión* (“el estado deseado” de la realidad que estamos estudiando o, lo que es lo mismo, las transformaciones cuantitativas o cualitativas que, según el caso, queremos producir en esa realidad) y *los objetivos estratégicos* (de mediano o largo plazo) que nos proponemos alcanzar en un período de tiempo determinado –ya sea cuando participemos en ese proceso como “sujetos de acción” o como “sujetos del conocimiento”. Según la discutible división del trabajo establecida por Hughes De Jouvenel, estos últimos son los encargados de las tareas de estudios e investigación, mientras que los primeros son los actores sociales y políticos implicados en el diseño de las estrategias y el despliegue de las acciones prácticas dirigidas a influir en el curso de los acontecimientos (De Jouvenel, 2000: 29-31).

En cualquier caso, lo anterior implica realizar un diagnóstico sistemático, lo más completo y multifacético posible, de la realidad que queremos transformar, incluida una clara definición de los intereses y objetivos (por lo general, contrapuestos) de cada uno de los sujetos sociales y políticos (estatales o no estatales) implicados y de los factores determinantes de la contradictoria dinámica de los procesos cuya evolución pretendemos anticipar o modificar. Ese diagnóstico –elaborado a partir de nuestra misión, visión y objetivos estratégicos– resulta imprescindible porque, como bien se ha señalado, “construir el futuro supone tener el suficiente control sobre la situación y saber lo que se quiere lograr” (Mojica, 2000: 114).

Esto último es condición necesaria para elaborar *escenarios* sobre cualquier fenómeno social, económico, político, ideológico-cultural, interno o internacional, entendiendo esos *escenarios* como un juego coherente,

pertinente, verosímil y sintético de hipótesis acerca de la evolución prospectiva de esos fenómenos derivadas de los complejos procesos teórico-prácticos del conocimiento y la transformación de la realidad (Godet, 1885). O, dicho de otra forma, como una definición *ex ante* de los resultados que los “sujetos de conocimiento” o los “sujetos de acción” esperan obtener en el marco de las múltiples, contradictorias y en ocasiones conflictivas y hasta violentas interrelaciones entre las estrategias de los diversos actores, clases o grupos sociales implicados en el movimiento de la realidad.

Según afirma Hughes De Jouvenel, puesto que “el futurólogo” no puede aspirar a decir por adelantado lo que efectivamente ocurrirá, su primera tarea –antes de intentar anticipar lo que puede ocurrir– es mirar “al mundo contemporáneo con el fin de percibir las tendencias principales o emergentes que puedan tener un impacto decisivo en el futuro o en el mediano plazo” (De Jouvenel, 2000: 30). En esa lógica, los futurólogos –además de insistir en “que ellos no hacen predicciones, que sólo estudian escenarios alternativos”– deberían concentrar su esfuerzo en “determinar [los] grados de probabilidad para esos escenarios diferentes”. Además, deberían comunicar “el siguiente mensaje: nada está predeterminado. Realmente podemos escoger el futuro, por lo menos hasta cierto punto. Si nos concentramos más en las soluciones prácticas de los problemas actuales, seremos capaces de construir el futuro” (Valasskakis, 2000: 51-52).

Tales premisas –esenciales para lo que en el lenguaje de estas lecciones se ha denominado “la prospectiva crítica y participativa”– son mucho más válidas cuando se elaboran “escenarios apuestas”, “escenarios deseados” o “escenarios normativos”, ya que estos definen las mejores opciones para el cumplimiento de la visión y los objetivos estratégicos (el “futuro deseado”) de los actores sociales o de los “sujetos de acción” implicados en cualquier proceso sociopolítico o ideológico-cultural. Por consiguiente, *los escenarios deseados* por lo general surgen (y a la vez se diferencian) de la evaluación de los llamados “escenarios exploratorios alternativos”, ya sean estos considerados como *escenarios alternos* o como *los escenarios más probables*.

Estos últimos identifican y proyectan hacia el futuro las tendencias, más o menos espontáneas, de los procesos sociales, económicos, políticos, ideológico-culturales, político-militares internos o internacionales que se estudian, mientras que los *escenarios alternos* refieren *las otras alternativas* (deseadas o no deseadas) que podría deparar el porvenir, con independencia del grado de probabilidad que indiquen las tendencias predominantes en un momento determinado

Las tendencias (sociales, económicas, etc.) existen porque han sido el fruto de estrategias desplegadas por actores so-

ciales. Y si las rupturas a esas tendencias no han logrado hacerlas cambiar su rumbo, ha sido porque el poder de estos actores sociales no ha sido suficientemente fuerte para aniquilarlas (Mojica, 2000).

De ahí que cada uno de los actores implicados en cualquier proceso social se vea obligado a diseñar diversas *estrategias*, con sus consiguientes *planes de acción* orientados a consolidar o subvertir, según el caso, aquellas tendencias de la realidad en correspondencia con su *visión* y sus particulares *objetivos estratégicos*; es decir, con el futuro que desean construir. En tanto –como bien se ha dicho– una visión sin acción es una quimera. A su vez, las acciones que se emprendan sin una clara visión del futuro que se desea construir pueden colocar a los actores sociales en una posición de simples “espectadores” de un futuro ajeno, incierto y distante. Al respecto, el dramaturgo brasileño Augusto Boal ha plasmado las siguientes ideas.

“Esperanza” es una palabra traicionera, como pueden ser todas las palabras. Las palabras son medios de transporte, como un camión, un tren o una carretilla. Su valor depende de la carga que les pongamos dentro: nuestros deseos, sentimientos, ideas y emociones.

La palabra “esperanza” puede tener dos sentidos adversos. Aborrezco el primero: esperanza = esperar. ¿Hasta cuándo? Identificar lo que va a ocurrir y... quedarnos esperando a que ocurra. ¡Ya esperamos demasiado! Esa “esperanza” delega poderes en un futuro incierto y distante –y no al hoy, aquí y ahora–, como si en ese futuro estuviese la solución de nuestro problemas.

La palabra “esperanza” también puede ser entendida de otra forma, que es la que me gusta: “esperanza” es una expectativa dinámica de algo inminente que va a ocurrir y que depende de nosotros. En este caso, no tenemos esperanza en el futuro que todavía no existe, sino en el presente que es donde inventamos ese futuro.

Esperanza en que tendrán éxitos las medidas que adoptamos hoy, en las acciones que emprendemos ahora, en los actos con que conducimos nuestras vidas a cada instante. ¡El futuro se edifica en el presente con pensamientos y, sobre todo, con acciones! Esa esperanza refleja confianza en nosotros mismos –nosotros, que asumimos la responsabilidad por nuestros actos: ¡sabemos lo que queremos, y vamos a conseguirlo!

Esperanza = esperar es nociva porque afirma que “el futuro pertenece a Dios” y no a nosotros; desmoviliza. Como si no fuésemos responsables de nada, cuando, en verdad, somos responsables de casi todo, comenzando por nosotros mismos.

Esperanza = expectativa es mejor porque es consecuencia y parte de nuestras acciones, revela confianza en aquello que hacemos, revela la certeza de que un mundo mejor es posible. ¡Depende de nosotros!

De las palabras “esperanza” y “expectativa” nacen otras dos palabras casi iguales: “expectante”, que es aquel que limita su expectativa a lo que va a ocurrir; y “espectador” que es aquel que observa lo que está ocurriendo.

Tenemos que inventar una tercera palabra: *especta-autor*, que es aquel que observa, analiza y así se prepara para *hacer acontecer*: somos actores en la sociedad y tenemos que ser protagonistas de nuestras vidas. Tenemos que *hacer acontecer*.

Sólo tenemos el derecho a tener esperanza en el futuro si somos capaces de tener confianza en nosotros mismos, en el presente (Boal, 2006).

Por todo lo dicho, las contradictorias tendencias de las relaciones interamericanas referidas en la lección anterior son el fruto de las estrategias y acciones victoriosas o derrotadas que, en los años previos, desplegaron los sujetos sociales y políticos, internos y externos, más o menos hegemónicos en unos u otros estados nacionales del hemisferio occidental. Y, en particular, de las estrategias y las acciones (las más de las veces victoriosas) emprendidas por los grupos y clases dominantes, los poderes fácticos y los gobiernos temporales de EE.UU., Canadá, así como de la mayor parte de los estados de América Latina y el Caribe. Asimismo, de las estrategias y las acciones (las más de las veces derrotadas) que han desplegado los diversos sujetos sociales y políticos que emprendieron programas reformadores o revolucionarios contra el sistema de dominación –hegemonía acorazada con la fuerza– establecido en el hemisferio occidental.

Sin embargo, nada debe llevar a suponer que en el futuro previsible esas tendencias del pasado-presente, predominantemente adversas para los pueblos latinoamericanos y caribeños, serán inmutables. Mucho menos porque –como se indicó en la lección anterior– desde la última década del siglo XX aparecieron o reaparecieron, según el caso, diversos movimientos sociales, políticos o ideológico-culturales de raigambre popular que, desde el Estado, la sociedad política o la

sociedad civil, resisten o pugnan por fracturar el sistema de dominación oligárquico-plutocrático e imperialista y, por ende, el “nuevo orden panamericano” que, al menos desde 1990, venían institucionalizando sucesivos gobiernos estadounidenses, canadienses, latinoamericanos y caribeños.

Por consiguiente, la derrota, la ralentización, la continuidad o el fortalecimiento de ese “orden” plutocrático-imperial estarán directamente asociados al desenlace de la inconclusa dinámica entre la reforma, la contrarreforma, el reformismo, la revolución y la contra-revolución que continuará viviendo el hemisferio occidental. De ello se desprende que el porvenir de los diferentes componentes del Sistema Interamericano (la OEA, la JID, las Cumbres de las Américas) dependerá del éxito o fracaso de las estrategias y acciones que en los próximos años emprendan los diversos (y contrapuestos) actores sociales y políticos, endógenos y exógenos, implicados en ese contradictorio y estructuralmente violento proceso. Lo mismo puede decirse con relación al futuro de los principales proyectos de concertación política, cooperación e integración económica latinoamericanos y caribeños que, de manera simultánea, están desplegando la CARICOM, la AEC, el SICA, el MERCOSUR (ampliado) y el ALBA.

A las evidencias respecto de los contradictorios procesos de cambios que en la actualidad se están produciendo en el hemisferio occidental aportadas en la lección anterior es preciso agregar el creciente desprestigio interno y externo de la actual administración estadounidense y las oportunidades que se le presentarán al candidato del Partido Demócrata, Barak Obama, en las elecciones presidenciales de noviembre de 2008. Pese a las consabidas tendencias conservadoras que infectan a esa agrupación política, con mayor o menor consistencia y credibilidad, Obama ha venido propugnando cambios, al menos en los métodos con los que ha conducido su política doméstica, internacional y hemisférica la ya declinante administración “neoconservadora” de George W. Bush. Dadas sus afinidades ideológicas, una eventual (y para algunos analistas, probable) derrota del candidato presidencial republicano John McCain seguramente tendrá repercusiones adversas para la continuidad del gobierno de minoría encabezado por el líder del NPC y actual primer ministro de Canadá, Stephen Harper (Sánchez Egózcue y Rodríguez Rodríguez, 2007).

A lo anterior es necesario añadir la cuestionada legitimidad interna del actual presidente mexicano Felipe Calderón; las grandes movilizaciones populares (predominantemente campesinas) contra algunos de los componentes del NAFTA que se han venido sucediendo en ese país; y las acciones emprendidas por el denominado “Gobierno Legítimo”, encabezado por Andrés Manuel López Obrador, con vistas

a organizar las fuerzas sociales y políticas que –a través de la coalición Por el Bien de Todos– apoyaron su candidatura en las elecciones presidenciales de 2006.

También habría que agregar las dificultades que pudiera plantearle a las estrategias hemisféricas del gobierno de EE.UU. el recién instalado “gobierno socialdemócrata” de Guatemala; una eventual (aunque poco probable) victoria electoral del candidato del FMLN de El Salvador en las elecciones presidenciales previstas para fines de 2008; la consolidación del llamado “gobierno libero-sandinista” nicaragüense presidido por Daniel Ortega; y el creciente resquebrajamiento del sistema político bipartidista instaurado en Costa Rica, que se demostró en la amplia movilización popular contra la ratificación por el Parlamento y el gobierno costarricenses del DR-CAFTA.

Esas y otras dinámicas mesoamericanas excluidas en aras de la síntesis, junto al ostensible fracaso de las acciones emprendidas por la administración de Álvaro Uribe con vistas a derrotar al movimiento popular y, dentro de este, a las FARC y el ELN, objetivamente han contribuido al aislamiento internacional de las estrategias contrarrevolucionarias y contrarreformistas encarnadas por la administración de George W. Bush en la región andino-amazónica. Así se evidenció en la XX Cumbre del Grupo de Río y en la Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, efectuadas en marzo de 2008 en República Dominicana y Washington, respectivamente. Con independencia de las ambivalencias de sus correspondientes declaraciones finales, en estas quedó claramente consignado el rechazo de la absoluta mayoría de los gobiernos latinoamericanos y caribeños a la presunta extraterritorialidad de la “guerra preventiva contra el terrorismo”, al igual que una clara condena a las acciones emprendidas por el gobierno y las fuerzas colombianas violatorias de la soberanía de Ecuador y, por extensión, de los demás estados centroamericanos, sudamericanos y caribeños que comparten fronteras terrestres y marítimas con Colombia.

Lo antes dicho objetivamente refuerza los mencionados cuestionamientos a la política “global” y hemisférica de la actual administración de EE.UU. Tales cuestionamientos mejoran el contexto externo en que deberán desenvolverse los diversos procesos de cambios favorables a los intereses nacionales y populares que se están desplegando en América Latina y, especialmente, los que se desarrollan en Bolivia, Ecuador y la RBV. No obstante las debilidades internas y las amenazas externas que los afectan, en su imbricación natural con la Revolución Cubana, en el futuro previsible todos ellos seguirán siendo *el epicentro* de la dinámica entre la reforma, la revolución, el reformismo, la contrarreforma y la contrarrevolución que continuará viviendo el continente americano. También serán los dinamizadores de los procesos

de concertación política, cooperación e integración económica que se están desarrollando en América del Sur y el Caribe. Sobre todo en la medida en que avance la ampliación y profundización del ALBA-TCP, de los acuerdos vinculados a PETROCARIBE y al Fondo ALBA-Caribe (al cual se incorporó en 2007 el gobierno de Haití), así como las diversas iniciativas del gobierno bolivariano venezolano dirigidas a fortalecer e institucionalizar la UNASUR.

Sin desconocer los referidos avances que en los años más recientes han venido obteniendo las diversas estrategias oficiales estadounidenses en América del Norte, Centroamérica, el Caribe y Sudamérica, así como sin hacer ninguna concesión a las visiones triunfalistas que muchas veces han proliferado en los medios de “la izquierda” social, política e intelectual latinoamericana y caribeña, los elementos referidos en los párrafos precedentes confirman la validez del análisis elaborado por Perry Anderson acerca de lo que denominó los “tres rasgos” que diferencian las “resistencias al neoliberalismo y al neoimperialismo” que se han venido desplegando en América Latina y el Caribe en relación con las luchas de igual carácter que se desenvuelven en Medio Oriente y Europa.

En América Latina encontramos una combinación de factores mucho más fuerte y prometedora que en Europa o en el Medio Oriente. Aquí y solamente aquí, la resistencia al neoliberalismo y al neoimperialismo conjuga lo cultural con lo social y nacional. Es decir, comporta una visión emergente de otro tipo de organización de la sociedad, y otro modelo de relaciones entre los estados en base a estas tres dimensiones diferentes. De los tres rasgos decisivos que distinguen a esta región de las anteriores, este es el primero a subrayar.

En segundo lugar, América Latina –y esto es un hecho que a menudo se olvida– es la única región del mundo con una historia continua de trastornos revolucionarios y luchas políticas radicales que se extienden por algo más del último siglo. Ni en Asia, ni en África, ni en Europa encontramos equivalentes a la sucesión de revueltas y revoluciones que han marcado la específica experiencia latinoamericana. El siglo XX ha empezado con la Revolución Mexicana que tuvo lugar antes de la Primera Guerra Mundial. Se trató de una revolución victoriosa, pero que también fue “purificada” en lo que hace a muchas de sus aspiraciones populares.

Entre las dos guerras hay una serie de levantamientos heroicos y experimentos políticos que fueron derrotados pero merecen recordarse: el sandinismo en Nicaragua, la revuelta aprista en

Perú, la insurrección en El Salvador, la revolución del 33 en Cuba, la intentona en Brasil, la breve república socialista y el Frente Popular en Chile.

Con la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, comenzó un nuevo ciclo. El primer peronismo en su fase jacobina en Argentina, el Bogotazo en Colombia y la revolución boliviana del 52. Al final de la década estalla la Revolución Cubana. Sigue una nueva ola de luchas guerrilleras a lo largo y ancho del continente, y finalmente no podemos dejar de mencionar la elección del gobierno de Salvador Allende en Chile.

Todas estas experiencias fueron aplastadas con el ciclo de dictaduras militares que comenzaron en Brasil en el año 1964 y luego allanaron el camino a Bolivia, Uruguay, Chile, Argentina en los años setenta de plomo. A mediados de la década, la reacción parecía victoriosa casi en todas partes. De nuevo, sin embargo, se encendió el fuego de la resistencia con el triunfo de la Revolución Sandinista, la lucha de los guerrilleros salvadoreños, y la campaña masiva para elecciones directas en Brasil.

También este embate de insurgencia popular fue desmontado sin piedad. A mediados de los años noventa reinaban en casi todos los países latinoamericanos versiones criollas del neoliberalismo norteamericano, instaladas o apoyadas por Washington: los gobiernos de Carlos S. Menem en Argentina, Alberto Fujimori en Perú, Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Salinas de Gortari en México, Sánchez Losada en Bolivia, etcétera.

Finalmente, con una democracia estable restaurada, y políticas económicas excelentes, el Departamento de Estado creía que América Latina se había convertido en una retaguardia segura y tranquila del Imperio global. Sin embargo, pronto el paisaje político se radicalizaría una vez más. El ciclo popular más reciente, que comenzó con la revuelta zapatista en Chiapas, ya ha visto la llegada al poder de Chávez en Venezuela, las victorias de Inácio Lula da Silva y Néstor Kirchner en Brasil y Argentina respectivamente, el derrumbe de Sánchez Losada en Bolivia, y los estallidos sociales repetidos en Perú y Ecuador (Anderson, 2004).

Estos últimos procesos también fueron valorados desde otra perspectiva político-académica por James Petras. Para este autor, “pese a que existen puntos de semejanza y convergencia” entre sus activistas, por

sus tácticas y estrategias los Movimientos Antiimperialistas (MAI) que se desarrollan en América Latina (y en menor medida en el Caribe) difieren por “su esencia” de los que se desarrollan en EE.UU., Canadá y diversos países de Europa. En estos últimos –siempre según Petras– las principales tácticas de los MAI se presentan del siguiente modo.

Tienen por meta la organización de grandes eventos como los de Seattle, Génova, Davos y Barcelona, en los que convergen innumerables organizaciones no gubernamentales, sindicatos y grupos contra la globalización para protestar contra los encuentros de las potencias imperiales, tales como la Organización Mundial del Comercio y el G-7. [Por su parte] los MAI latinoamericanos tienen un carácter mucho más político que simplemente social, son mucho más anticapitalistas que reformistas, se encaminan más a la conquista del poder que a las protestas simbólicas, y proporcionan más experiencias educativas mediante la práctica de los dirigentes políticos, que las conferencias públicas de los notables llegados del extranjero (Petras et al., 2004).

Probablemente por todo lo dicho continúan creciendo las preocupaciones de los grupos dominantes en EE.UU. y dentro del *establishment* de su política exterior y de seguridad respecto a la “inestabilidad política” de su presunto “patio trasero”. Según Carlos Alzugaray Treto, ello se demuestra en el “Informe Final del Proyecto (bipartidista) sobre la Seguridad Nacional de los Estados Unidos en el siglo XXI”, divulgado por la prestigiosa Universidad de Princeton, Nueva Jersey. Aunque, como es usual en ese tipo de documentos “globales”, las referencias a América Latina y el Caribe son escasas, sus encumbrados coordinadores (Anthony Lake, ex asesor nacional de seguridad de la administración de William Clinton, y George Shultz, ex secretario de Estado del gobierno de George W. Bush) dejaron consignado que la situación existente en Venezuela, junto a lo que llaman “el fomento del populismo” y “el movimiento antiglobalización”, constituyen “amenazas para la seguridad nacional estadounidense” (Alzugaray Treto, 2006).

Lo dicho reitera algunos de los enunciados del informe *Andes 2020* divulgados por el bipartidista e influyente Council on Foreign Relations de EE.UU. (CFR, 2004). Ese informe estuvo dirigido a proponerle al *establishment* de la política exterior y de seguridad diversas estrategias económicas, sociales y político-militares orientadas a garantizar, en la perspectiva de los próximos tres lustros, la dominación estadounidense en América Latina y el Caribe, y en particular en el norte de América del Sur. Aunque, en razón del fundamentalismo neoconservador de la administración de George W. Bush y de los progresivos cambios que se

han venido produciendo en diversos países de América del Sur, la mayor parte de las estrategias y planes de acción sugeridos por los redactores de *Andes 2020* no han podido concretarse, el documento desarrolla los escenarios deseados que respecto a América Latina y el Caribe constantemente elaboran los denominados “tanques pensantes” (*think tanks*) estadounidenses; en particular respecto a aquellas regiones del continente donde ven amenazada su seguridad imperial.

De ahí la imperiosa necesidad de que los “sujetos de pensamiento” comprometidos con las causas populares, con las luchas por la “segunda independencia” y por la genuina integración multinacional de Nuestra América, en su ineludible interrelación con los “sujetos de acción” implicados en esas multiformes luchas populares, democráticas y antiimperialistas, contribuyan a elaborar las visiones de largo plazo que permitan prever las oportunidades y prevenir las amenazas que depara el provenir. También, que permitan superar las debilidades y potenciar las fortalezas de los sujetos sociales y políticos implicados en la edificación del *otro mundo* y del *otro continente, imprescindibles y posibles*, que se desea construir. Mucho más porque, en ese y otros campos del quehacer político-intelectual y teórico-práctico, sigue siendo verdad lo planteado por José Martí (1974c) en su célebre ensayo *Nuestra América*: “Resolver el problema después de conocer sus elementos es más fácil que resolver el problema sin conocerlos [...] Conocer es resolver”.